

CREDO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO

Πιστεύομεν εἰς ἕνα Θεὸν
πατέρα, παντοκράτορα,
ποιητὴν οὐρανοῦ καὶ γῆς,
ὁρατῶν τε πάντων καὶ ἀορατῶν·

καὶ εἰς ἕνα κύριον Ἰησοῦν Χριστόν,
τὸν υἱὸν τοῦ Θεοῦ τὸν μονογενῆ,
τὸν ἐκ τοῦ πατρὸς γεννηθέντα
πρὸ πάντων τῶν αἰώνων,
φῶς ἐκ φωτός,
Θεὸν ἀληθινὸν ἐκ Θεοῦ ἀληθινοῦ,
γεννηθέντα, οὐ ποιηθέντα,
ὁμοούσιον τῷ πατρὶ·
δι' οὗ τὰ πάντα ἐγένετο·
τὸν δι' ἡμᾶς τοῦς ἀνθρώπους
καὶ διὰ τὴν ἡμετέραν σωτηρίαν
κατελθόντα ἐκ τῶν οὐρανῶν
καὶ σαρκωθέντα ἐκ πνεύματος ἁγίου
καὶ Μαρίας τῆς παρθένου,
καὶ ἐνανθρωπήσαντα,

σταυρωθέντα τε ὑπὲρ ἡμῶν
ἐπὶ Ποντίου Πιλάτου
καὶ παθόντα καὶ ταφέντα
καὶ ἀναστάντα τῇ τρίτῃ ἡμέρᾳ
κατὰ τὰς γραφάς,
καὶ ἀνελθόντα εἰς τοὺς οὐρανοὺς,
καὶ καθεζόμενον
ἐκ δεξιῶν τοῦ πατρὸς,
καὶ πάλιν ἐρχόμενον μετὰ δόξης
κρῖναι ζῶντας καὶ νεκρούς·
οὗ τῆς βασιλείας οὐκ ἔσται τέλος·

καὶ εἰς τὸ πνεῦμα τὸ ἅγιον,
τὸ κύριον καὶ ζωοποιόν,
τὸ ἐκ τοῦ πατρὸς ἐκπορευόμενον,
τὸ σὺν πατρὶ καὶ υἱῷ
συμπροσκυνούμενον
καὶ συνδοξαζόμενον,
τὸ λαλήσαν διὰ τῶν προφητῶν.

Εἰς μίαν, ἁγίαν, καθολικὴν
καὶ ἀποστολικὴν ἐκκλησίαν.
Ὁμολογοῦμεν ἓν βάπτισμα
εἰς ἄφεσιν ἁμαρτιῶν.
Προσδοκῶμεν ἀνάστασιν νεκρῶν,
καὶ ζωὴν τοῦ μέλλοντος αἰῶνος. Ἀμήν.

*Credo in unum Deum
Patrem omnipotentem,
factorem coeli et terrae,
visibilibus omnium et invisibilibus.*

*Et in unum Dominum Iesum Christum
Filium Dei unigenitum
et ex Patre natum
ante omnia saecula
[Deum de Deo] Lumen de Lumine
Deum verum de Deo vero,
genitum, non factum,
consubstantialem Patri;
per quem omnia facta sunt;
qui propter nos homines
et propter nostram salutem
descendit de coelis,
et incarnatus est de Spiritu Sancto
et Maria Virgine
et homo factus est;*

*crucifixus etiam pro nobis
sub Pontio Pilato
et passus et sepultus est;
et resurrexit tertia die,
secundum Scripturas
et ascendit in coelos
sedet
ad dexteram Patris;
et iterum venturus est, cum gloria,
iudicare vivos et mortuos;
cuius regni non erit finis.*

*Et in Spiritum Sanctum,
Dominum et vivificantem,
qui ex Patre Filioque procedit;
qui cum Patre et Filio
simul adoratur
et conglorificatur;
qui locutus est per Prophetas.*

*Et in unam, sanctam, catholicam
et apostolicam Ecclesiam.
Confiteor unum baptismum
in remissionem peccatorum;
et expecto resurrectionem mortuorum,
et vitam futuri saeculi. Amen.*

*Creo en un solo Dios,
Padre todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.*

*Y en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre
antes de todos los siglos:
[Dios de Dios], Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros los hombres,
y por nuestra salvación
bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre;*

*y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día,
según las Escrituras,
y subió al cielo,
y está sentado
a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.*

*Y en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración
y gloria,
y que habló por los profetas.*

*[Creo] en la Iglesia, que es una, santa,
católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro. Amén.*

EL CREDO COMENTADO POR LOS PADRES DE LA IGLESIA
y otros autores de la época patristica

3

Creo en el Señor
crucificado y resucitado

Obra preparada por
Mark J. EDWARDS

Editor general
Thomas C. ODEN

Versión al castellano preparada por
Marcelo MERINO RODRÍGUEZ

1ª edición: julio 2020

Originalmente publicado por InterVarsity Press como *We Believe in the Crucified and Risen Lord (Ancient Christian doctrine)* editado por Mark J. Edwards. Copyright © 2009 de Institute for Classical Christian Studies (ICCS), Thomas C. Oden and Mark J. Edwards. Traducido e impreso con el permiso de InterVarsity Press, P.O. Box 1400, Downers Grove, IL 60515, USA. www.ivpress.com

Imagen de cubierta: Andrej Rublëv, *La Trinidad*

Editor: *Aurelio Romero*

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos Orduna*

© 2020 Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-465-9
Depósito Legal: M-15.257-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

Reservados todos los derechos. La reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los propietarios del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

ÍNDICE GENERAL

Introducción General	7
Guía para usar este comentario	23
Abreviaturas y siglas.....	27
Bibliografía	31
Introducción	43
<i>Por nuestra causa</i>	75
<i>Fue crucificado</i>	103
<i>En tiempos de Poncio Pilato</i>	155
<i>Padeció</i>	158
<i>Y fue sepultado</i>	198
<i>Resucitó al tercer día</i>	249
<i>Según las Escrituras</i>	255
<i>Subió al cielo</i>	267
<i>Y está sentado a la derecha del Padre</i>	280
<i>Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos</i>	285
<i>Y su reino no tendrá fin</i>	287
Esquema de contenidos	301
Autores y textos antiguos	305
Glosario de autores y obras.....	313
Índice bíblico.....	323
Índice de autores y obras antiguos	331
Índice de nombre y temas	333
Mapa cronológico	349

INTRODUCCIÓN GENERAL

La Doctrina Cristiana Antigua es una colección de cinco volúmenes sobre las definiciones doctrinales planteadas alrededor de las expresiones del Credo niceno-constantinopolitano (comúnmente llamado simplemente el Credo de Nicea), como lo indican los primeros escritores de la antigüedad cristiana. El periodo patrístico (95-750 d. C.) se extiende desde Clemente de Roma hasta Juan de Damasco. Geográficamente abarca desde Etiopía hasta los Alpes y desde España hasta el Valle del Indo. La exégesis cristiana tradicional y la definición doctrinal tomaron su forma determinante en este período. Desde el fin del Nuevo Testamento hasta Beda el Venerable, los textos bíblicos fueron intensamente estudiados y su doctrina debatida y definida.

En esta serie extraemos el inestimable material de los primeros trabajos de los intelectuales cristianos. En esta colección están recogidos, examinados y organizados los ricos tesoros doctrinales del cristianismo como comentarios sobre la más respetada confesión doctrinal de la Iglesia primitiva. El antiguo texto del símbolo niceno-constantinopolitano es la base más conveniente y fiable para mantener unido todo el tejido de la enseñanza primitiva del cristianismo. Después de cada frase del credo presentamos los pasajes doctrinales más importantes de los principales intérpretes de los primeros siglos cristianos. Se presenta una amplia gama de cuestiones importantes de la teología cristiana primitiva, comentadas frase por frase, sobre el Credo niceno-constantinopolitano (el Credo de Nicea, del 325, y el Credo constantinopolitano de los 150 Padres, del año 381).

La importancia del Credo y nuestros objetivos en la presente serie pueden establecerse bajo nueve encabezados:

- Explicación de por qué la enseñanza cristiana primitiva (*catequesis*) estaba tan firmemente vinculada con el bautismo.
- Los riesgos enormes al decir «creo» bajo violentas condiciones de *persecución*, durante los tiempos difíciles en que las confesiones públicas de la fe eran probadas y purificadas.
- Demostración de por qué el Credo niceno-constantinopolitano sigue siendo la confesión común más *autorizada* del cristianismo universal.
- Establecimiento del orden *trinitario* de toda la enseñanza cristiana fundamental.
- Aclaración de la *unidad* básica de la enseñanza cristiana de un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo, durante este período de crecimiento ejemplar.
- Demostración de cómo el *nuevo* ecumenismo es alimentado y renovado actualmente por el *antiguo* consenso ecuménico.
- Explicación de la *disposición* generalizada de los creyentes de hoy en día a formarse en los fundamentos de la enseñanza cristiana.
- Aclaración de los criterios en la *selección* editorial y en la traducción de los textos patrísticos.
- Indicaciones para que los lectores no expertos puedan beneficiarse mejor de esta antigua sabiduría.

La enseñanza prebautismal más antigua

Los primeros resúmenes de la teología cristiana fueron catequesis para preparar a la gente en la recepción del bautismo. Por eso nuestra organización de los temas importantes de la enseñanza cristiana dependerá en gran medida de la secuencia de los planteamientos de los más influyentes y antiguos comentarios, como los de Cirilo de Jerusalén (*Catequesis*), Gregorio de Nisa (*La gran catequesis*), Juan Crisóstomo (*Catequesis bautismales*), Rufino de Aquileya (*Sobre el Credo de los Apóstoles*) y Agustín (*Catecismo para los rudos, Sobre la Fe y el Símbolo*).

Esta serie reúne los primeros argumentos clásicos postbíblicos sobre lo que cada uno de los aspectos doctrinales significó y de cómo están correctamente fundamentados en la sagrada Escritura. Sirve, pues, como una guía de enseñanza práctica para las primeras etapas de la catequesis cristiana.

Las raíces del Credo niceno-constantinopolitano fueron resúmenes escritos que se utilizaron en las primeras confesiones bautismales. Los Padres de Nicea y Constantinopla dijeron: «¡Esto es lo que siempre hemos creído! Este es el bautismo en el cual fuimos bautizados».

La enseñanza habitual de la doctrina cristiana primitiva surgió de una necesidad concreta y práctica: instruir en los fundamentos de la doctrina cristiana a los que buscaban el bautismo cristiano. Esta enseñanza trató de expresar la comprensión comúnmente compartida del significado consolidado de toda la esencia de la Escritura. El propósito del catequista era trazar todo el curso de la enseñanza cristiana en una declaración clara y simple. Los primeros credos ofrecieron una manera adecuada de reunir todo el significado narrativo de la Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento en una afirmación de fe sencilla y fácil de memorizar.

Cuando Cirilo de Jerusalén enseña a los candidatos el significado de su bautismo, utiliza el credo usado comúnmente en Jerusalén (hacia el año 350) para organizar y mantener las catequesis unidas. Se esperaba que el maestro aclarara y explicara cada frase o artículo de la regla de fe y lo defendiera contra falsas interpretaciones contrarias a la enseñanza apostólica.

Por eso los cristianos de todo el mundo siguen apelando a los primeros credos y, especialmente, al más ecuménico de todos los antiguos credos, el Credo niceno-constantinopolitano, como la confesión más confiada de esa fe confesada en todo el mundo. Hoy empleamos este mismo medio para reunir el mejor pensamiento de los primeros maestros cristianos.

Cuando decir Creo significa vida o muerte

El Credo comienza con una palabra latina decisiva: *credo*, «yo creo» (o en griego, *pisteuomen*, «creemos»). Los cristianos del segundo y tercer siglo que dijeron *credo* por primera vez no lo hicieron a la ligera. A veces pronunciaban esta palabra incluso con riesgo de sus propias vidas, bajo la amenaza de una posible persecución, tortura y muerte. Se encontraban dispuestos a sufrir y a sacrificar sus vidas por su creencia en las buenas nuevas de Dios que son merecedoras de nuestra cuidadosa atención.

Decir *credo* de esta manera, era hablar desde el corazón, en desafío directo a los poderes civiles que existían, precisamente cuando esos poderes solicitaban la negación directa

de la fe cristiana. Decir «creo» es revelar lo más profundamente que existe, confesar la creencia esencial de uno, declarar abiertamente la verdad que hace que la vida valga la pena a pesar de las consecuencias peligrosas que pueda conllevar. Quien dice *credo* sin voluntad de sufrir y, si es necesario, morir por la fe, no ha dicho genuinamente *credo* en su sentido cristiano más profundo, como en el bautismo: morir y resucitar.

Durante los tiempos de persecución, la confesión bautismal se memorizaba, no solo porque no era seguro escribirla, sino también porque los textos escritos hacían que otras personas inocentes fueran más susceptibles a los compromisos con las autoridades civiles. Más fiable fue la tranquila tradición fielmente transmitida verbalmente a través de los *episkopoi* desde los tiempos de los apóstoles. La tarea primordial de los obispos era mantener la enseñanza apostólica precisa, sin adición ni sustracción. Ellos y los presbíteros bajo su guía fueron los encargados de guardar cuidadosamente y defender la regla apostólica de la fe, en aras de la vida eterna y el beneficio espiritual de los creyentes.

Los cristianos tienen el derecho y la responsabilidad de conocer el significado de su bautismo. El objetivo de esta serie es clarificar la fe antigua universal en la que se bautizan los cristianos de todos los tiempos y lugares. Se espera que todos los que son bautizados en la fe entiendan exactamente lo que significa creer en Dios Padre Todopoderoso, en Dios Hijo, y en Dios Espíritu Santo.

¿Por qué el Credo niceno-constantinopolitano?

El Credo niceno-constantinopolitano es la confesión más autorizada del cristianismo universal. Por lo tanto, esta antigua confesión sirve como el marco más apropiado para toda esta serie. Es comúnmente compartida por culturas y lenguas muy diferentes: cristianos coptos y siríacos, armenios y chinos y por las lenguas ligadas a la tradición romana y griega, así como por las lenguas modernas. Como todas las antiguas confesiones bautismales, se presenta en tres periodos o partes que se corresponden con las tres Personas del Dios atestiguado en la sagrada Escritura.

La primera parte confiesa la fe en «Dios, Padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible». Explicar el fundamento bíblico de esta afirmación ha sido el tema del primer volumen de esta serie.

Es seguida por la confesión de Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, en el orden acostumbrado en que se manifiesta la revelación de Dios en la Escritura: El Padre envía al Hijo, cuya Palabra íntegra se hace real en los creyentes por el Espíritu. Toda la revelación de Dios es resumida y llevada a una confesión bíblica unificada por esta afirmación trina correctamente entendida. Todas las demás confesiones ecuménicas antiguas, tales como el Credo de los Apóstoles y el Credo del Ps.-Atanasio (*Quicumque vult*) se organizaron de la misma triple manera, para enseñar a los investigadores el significado del bautismo en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hay dos siglos de prototipos confesionales previos a Nicea. El núcleo cristológico se encuentra en Filipenses 2, 6-11, que confiesa a uno que, «siendo de condición divina, no rehusó ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo».

Esta misma confesión central aparece repetidamente en la regla de fe que encontramos en Ignacio de Antioquía (c. 107), la *Epistula Apostolorum* (c.150), Justino Mártir (c.165), los Presbíteros de Esmirna (c.180), El Papiro Balyzeh (200), Tertuliano (c. 200) e Hipólito de Roma (c. 215); toda ella era la utilizada y escrupulosamente memorizada durante más de un siglo antes de Nicea (325). Todos los prototipos de credos antiguos siguen esta misma secuencia de confesión. Las Escrituras mismas proporcionan la base estructural para la organización de la enseñanza bautismal, y de esta serie de cinco volúmenes.

Ya cerca del año 190, Ireneo de Lyon resumió la fe de los cristianos de esta manera memorable, que anticipa la trayectoria de esta serie: «La Iglesia, aunque dispersa por todo el mundo hasta los confines de la tierra, ha recibido de los apóstoles, y sus discípulos, esta fe: [ella cree] en un solo Dios,

- El Padre Todopoderoso, Creador del cielo, de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos; y

- En un solo Jesucristo, el Hijo de Dios, que se encarnó para nuestra salvación; y

- En el Espíritu Santo, que proclamó a través de los profetas las dispensaciones de Dios».

Este esquema básico de la enseñanza cristiana ya había aparecido prototípicamente en Mateo 28, 19-20, en la fórmula para el bautismo, donde el Señor resucitado concluyó su enseñanza terrena con esta imposición sumaria a todos los creyentes siguientes: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (énfasis añadido). De esta manera, Jesús unió para siempre tres acciones cruciales: bautizo, enseñanza y discipulado. En todos los períodos posteriores de la historia cristiana estos aspectos han permanecido íntimamente entrelazados. Implícitamente incluido en el mandamiento de bautizar está el encargo de enseñar su significado y de hacer discípulos de todas las naciones.

La enseñanza cristiana de hoy todavía proviene de la enseñanza bautismal antigua. La teología cristiana surgió para explicar el bautismo cristiano. Fue porque el Credo tenía una función de enseñanza bautismal como más tarde llegó a tener una función de enseñanza doctrinal: para la defensa de la fe, para la vida litúrgica, para la teología escolástica y sistemática y para la formación de personas encargadas de enseñar la fe.

Esta serie, pues, no es una teología sistemática según los estándares modernos típicos, sino más bien una compilación de textos patrísticos importantes sobre el Credo niceno-constantinopolitano. Estos textos forman gran parte de la base doctrinal de prácticamente toda la teología sistemática subsiguiente.

Queda mucho espacio para la opinión privada voluntaria entre los creyentes cristianos, siempre que esas opiniones no se opongan abiertamente a la confesión fundamental de fe comúnmente sostenida por todos los creyentes. Nada se requiere de ningún creyente que no sea lo que es revelado por Dios a través de la Escritura como necesario para la salvación, como se ha afirmado generación tras generación con el consentimiento ecuménico común. Puesto que la fe es voluntariamente elegida, no puede haber reserva en ningún artículo genuino de la fe.

El orden correcto de la enseñanza tradicional cristiana

He aquí el breve esquema de los cinco volúmenes de la Antigua Doctrina Cristiana:

Volumen primero: *Creo en un solo Dios* –el conocimiento de Dios Padre–, el Dios trino revelado en la creación, la providencia y la historia humana.

Volumen segundo: *Creo en un solo Señor Jesucristo* –la venida de Dios Hijo–, el Dios encarnado, una persona en dos naturalezas, verdaderamente Dios, verdaderamente hombre.

Volumen tercero: *Creo en el Señor Crucificado y Resucitado* –la revelación del amor divino–, la obra reconciliadora de Jesucristo, su ministerio terreno, la muerte y la resurrección.

Volumen cuarto: *Creo en el Espíritu Santo* –el ministerio de Dios Espíritu–, la Persona y la obra del Espíritu Santo en la justificación, la salvación y la vida santa.

Volumen quinto: *Creo en una Santa Iglesia Católica y Apostólica* –el Dios trino en la Iglesia y en la historia–, la gloria de Dios en la Iglesia y el cumplimiento de la historia.

Estos temas de la enseñanza cristiana no deben ser tomados de una manera desordenada y no secuencial: «la enseñanza de toda doctrina tiene cierto orden, y hay algunas cosas que deben ser entregadas primero, otras en segundo lugar y otras en el tercero, y así todas en su orden; y si estas cosas se entregan en su orden, se vuelven claras», porque «el que entra correctamente en el camino, observará el segundo lugar en el debido orden, y del segundo hallará más fácilmente el tercero» (*Reconocimientos* de Ps.-Clemente, 3, 34). La mejor manera de «entrar en el camino» consiste en tratar primero sobre la confesión de «un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible».

Esta serie facilita a los lectores indagar a través de las frases del Credo, como dice John McGuckin, «en cámara lenta», para mostrar cuidadosamente su base bíblica, para desafiar las deformaciones sobre la enseñanza bíblica, y para proporcionar una cohesión plausible para la vida de adoración de todos los cristianos. Ofrece a los lectores acceso directo a los maestros patrísticos en su propio lenguaje. Trae a estos grandes mentores históricos al contacto directo con las mentes de los creyentes de hoy. Que todos los creyentes decidan por sí mismos, si estos mentores están diciendo la verdad, pero no les impidan hablar.

En estos cinco volúmenes condensamos sus pensamientos y razones más perennes sobre las frases centrales del antiguo Credo. Este no es un ejercicio casual para los teólogos curiosos o para los aficionados. Más bien es una ventana a la primera referencia cristiana sobre los puntos más decisivos de la fe salvadora. El Dios trino, la obra salvadora de Cristo y el poder del Espíritu Santo en la Iglesia y el ministerio no son puntos opcionales, sino esenciales, de la enseñanza habitual comúnmente asumida entre las comunidades vivas de culto cristiano que se extienden por culturas y siglos muy diferentes.

Estos argumentos exigen algo de ardor intelectual. Vale la pena el esfuerzo. Lo que vale la pena hacer, vale la pena hacerlo bien, y lo que vale completamente la pena hacer, merece la pena hacerlo incomparablemente bien. Así que no hay que tener miedo a pensar. Con estos mentores se invita a los lectores a pensar tanto en una escala universal como a nivel más personal e interior.

Cómo el Credo enseña el corazón de la fe

El Credo ofrece la manera más fiable de aprender de memoria el corazón de la fe. En la enseñanza del credo catequético utilizado en Jerusalén hacia el 350, Cirilo de Jerusalén explica que los creyentes son ayudados por la confesión concisa a mantenerse cerca del núcleo de la fe como ha sido transmitida por los apóstoles, «la que ahora te transmite la Iglesia, la que está confirmada por la entera Escritura. Y porque no todos pueden leer la Escritura, ya que a unos la falta de preparación, a otros la falta de tiempo disponible les impide llegar a conocerla, para que el alma no se pierda por falta de instrucción, abarcamos toda la doctrina de la fe en unas pocas líneas. Quiero que la recordéis con las mismas palabras, y que la recitéis entre vosotros con todo esmero, no copiándola en hojas de papiro, sino grabándola con la memoria en el corazón; estando atentos para que, cuando hagáis esto, ningún catecúmeno oiga las verdades que se os han transmitido; y que durante todo el tiempo de vuestra vida sea como los recursos del camino, sin dar cabida a otra fe que esta; aun en el caso de que nosotros mismos diéramos un giro diciéndoos lo contrario de lo que ahora os estoy explicando» (*Catequesis*, 5, 12).

Memorícese para toda la vida. No es demasiado difícil para que uno pueda comprender, si se enseña adecuadamente.

El Credo, dice Rufino, sirve como una «palabra corta» que resume toda la fe bíblica, proveyendo «enseñanza segura a los conversos», «característica para distinguir» a los que predicán a Cristo según la guía apostólica, «perlas suministradas por el Señor» (*Comentario sobre el Credo de los Apóstoles*). Rufino (345-410) fue uno de los primeros entre los muchos comentaristas antiguos de la regla de fe. Comparte la suposición generalizada de que el Espíritu Santo había supervisado su transmisión para que «no contenga nada ambiguo, oscuro o inconsistente». Elocuentemente explica que «la razón por la cual el Credo no está escrito en papel o pergamino, sino que es retenido en los corazones de los creyentes, es para asegurarse de que ha sido aprendido de la tradición transmitida desde los apóstoles, y no de textos escritos, que ocasionalmente caen en manos de incrédulos». Rufino basa su comentario en el «texto al que me comprometí, cuando fui bautizado en la iglesia de Aquileya».

En contextos culturales muy diferentes en todo el mundo, los lectores normales y corrientes se preguntan cómo podrían una vez más captar el núcleo vital de la enseñanza bautismal auténtica bajo la instrucción directa de las mentes más grandes de la Iglesia antigua. Esta colección de cinco volúmenes es una revisión notable de los argumentos cristianos más básicos sobre aquellas doctrinas que siempre han sido consideradas necesarias para el bautismo fiel y el catecumenado.

Mucho antes de que las primeras confesiones bautismales se convirtieran en pruebas formales de fe, eran expresiones jubilosas de alabanza bautismal. Solo se convirtieron en pruebas de la fe cuando fueron probadas por falsas enseñanzas o puestas en tela de juicio por la herejía. De esta manera primero llegó la doxología, el lenguaje de la alabanza glorificando a Dios, y solo gradualmente, a su debido tiempo, la doxa o gloria se convirtió en ortodoxa (alabanza atenta, enseñanza correcta). Posteriormente, la catequesis (educación bautismal básica) se depuraría y se extendería a la recolección teológica a gran escala como disciplina académica.

Por eso ahora acudimos al Credo como la base de nuestra investigación sobre la cohesión de la enseñanza cristiana primitiva. Es una recopilación de todo lo esencial de la

enseñanza bíblica. El Credo es en el fondo una confesión del significado acumulado de las oraciones, la liturgia y los actos comunes de confesión de la comunidad cristiana única, completa, encarnada en todos los tiempos y lugares. El Credo expresa el sentido común de los fieles sobre lo que la revelación bíblica de Dios narra y proclama. Lo hace en una forma breve que los investigadores y los iniciados más jóvenes pueden entender, y que todos los creyentes en todas partes puedan confirmar con confianza como una enseñanza bíblica fiable. Cuando las nuevas ideas fueron examinadas, fueron examinadas por esta regla de fe bautismal. Argumentos sacados de las Escrituras fueron propuestos tanto por herejes como por ortodoxos y todos fueron comparados con el consenso recibido de los fieles. Todas las voces apelaban a la Escritura canónica, algunas recibidas consensualmente, otras no. Lo que el Credo niceno-constantinopolitano simboliza para todo el cristianismo ecuménico es el *símbolo* decisivo de la fe en el sentido clásico que *reúne* (*syn + ballo*) los elementos esenciales de la fe. Esta es la razón por la que el estudio de la enseñanza cristiana tradicional a menudo se llamaba simbólica antes de llamarse teología sistemática.

Es comprensible que surjan controversias sobre lo que debe o no debe incluirse o estar implícito en la regla de fe, la confesión bautismal. Las diferencias fueron conciliadas por iniciativas colectivas (a través de concilios regionales y generales) para discernir el significado común de toda la Escritura vista por la comunidad confesora de la catolicidad. En estos debates la reflexión no se dirigía antes que nada a congeniar el pensamiento del entorno cultural con el pensamiento cristiano, sino más bien a cómo las Escrituras enseñan la verdad revelada a todas las culturas en todas las lenguas y contextos sociales. De ahí que haya una reivindicación católica o universal incrustada en cada frase del Credo. El consenso resultó duradero. Ha sobrevivido durante diecisiete siglos a través de desafíos impresionantes. El hecho de que volvamos a él como nuestra pieza central para estos cinco volúmenes es prueba de que ha sobrevivido. Ha facilitado el descubrimiento de lo que históricamente se ha acordado como central para la fe bautismal, en oposición a las formas de especulación que por el contrario se han clasificado como «distintas» (*haeresis*, herejía) al venerable consenso multicultural. Las definiciones consensuadas de la fe ortodoxa sobrevivieron a los intentos especulativos de «mejorarlas», como los del gnosticismo y el arrianismo. Los documentos más antiguos del Nuevo Testamento (tales como las cartas de los tesalonicenses y los corintios) contienen claras distinciones entre creencias verdaderas y falsas y asumen que la creencia verdadera debe ser defendida contra las falsas afirmaciones de incredulidad.

Este consenso estableció límites modestos para la confesión compartida del mundo creyente. Muchas ideas pudieron ser examinadas libremente dentro de estos límites. Se permitieron muchas; algunas se consideraban que estaban fuera de los límites. Cuando los defensores de estas opiniones no admitidas presentaban textos supuestamente de los Apóstoles, eran juzgados y rechazados en relación con el acuerdo firme que surgió con confianza de las primeras comunidades de fe expresadas en su enseñanza bautismal. Esta se convirtió en la regla de la fe, la *Regula fidei*, para la comunidad de culto, la regla fiable por la cual los límites de la enseñanza de las Escrituras podían ser marcados.

Se hizo necesaria una clarificación gradual del canon del Nuevo Testamento (lista de libros que se leen en la Iglesia) como una defensa contra otros documentos falsos que eran contrarios a la liturgia, himnos y catequesis derivados de la tradición apostólica. Esa clarificación cerró la puerta a documentos posteriores que falsamente reclamaban

la autoría apostólica. Fijó claramente los documentos más ampliamente reconocidos como adecuados siempre y en todas partes para la lectura en el culto cristiano y totalmente fiables como doctrina. Los cuatro Evangelios y las cartas de Pablo fueron desde el principio ampliamente acordados como textos apostólicos. Todos los demás fueron cuidadosamente examinados en cuanto a sus pretensiones apostólicas. A medida que esta lista de libros se definía claramente, se hizo más clara la base sobre la cual se podían evaluar las lecturas admitidas (ortodoxas) y las no consensuadas (heréticas) de la Palabra escrita. De esta concordancia canónica surgieron continuas producciones de expresión litúrgica, comentarios bíblicos, iniciales tratados teológicos y discursos morales.

Cuando cada texto de la Escritura se coteja con el resto de textos y todos juntos con la totalidad y la esencia de la historia de la revelación, el dogma se vuelve históricamente y textualmente fundamentado. Por ello en los comentarios patrísticos encontramos que sobre una frase concreta del credo surgen, entretreídos, muchos otros subtextos bíblicos que sirven para iluminar ese texto. Estas referencias múltiples expresan el principio del pensar por analogía de la fe: comparación del texto con el texto. La premisa es que la Escritura es explicada por la Escritura (*scripturam ex scriptura explicandam esse*).

Hoy vivimos en medio de un cúmulo de esfuerzos bien publicitados para revivir antiguas herejías. Algunos son intentos desesperados de dar incluso a las ideas más raras un débil aroma de legitimidad: el código de Da Vinci, el grial como linaje, las relaciones sexuales del Mesías, la inserción de reivindicaciones ideológicas sobre la interpretación mesiánica, el nuevo elitismo gnóstico. Se ha prestado especial atención y promoción a estas formas altamente especulativas que promueven documentos e ideas rechazados ampliamente. Se ha convertido en un juego mediático rentable para defender a los pobres herejes contra los oprimidos ganadores y elitistas que escribieron las reglas de la ortodoxia. La verdad es lo contrario: el elitismo más extremo de todos los falsos demandantes de la verdad cristiana vino de los gnósticos que despreciaban el consenso ingenuo de los creyentes desinformados y que ni siquiera estaban interesados en ganar el corazón de los creyentes ordinarios. Sin embargo, los creyentes normales de entonces y de ahora pueden fácilmente reconocer que estas especulaciones posteriores no coinciden con la autenticidad, belleza y claridad de los testigos apostólicos originales.

El nuevo ecumenismo alimentado por el antiguo

En la medida en que hoy los cristianos ignoran la antigua regla de fe, son aún más vulnerables a estas distorsiones. Estos textos antiguos nos devuelven al verdadero significado del ecumenismo, después de un siglo de experiencias ecuménicas modernas a menudo dudosas. Nos recuerdan lo que los fieles creen universalmente y han creído desde el principio respecto de las afirmaciones centrales de la fe. Esta antigua fe es el legítimo patrimonio de todos los cristianos del mundo de hoy, ya sean protestantes, ortodoxos, católicos o carismáticos. Su totalidad suena a verdad porque irradia la luz del Espíritu y el calor de la gracia divina.

La tarea central del nuevo ecumenismo emergente es escuchar con claridad una vez más el antiguo consenso de la fe apostólica en todo el mundo. Lo que se está redescubriendo es la fe probada por el tiempo de la única comunidad católica y apostólica de culto en lenguaje sencillo sin morir la muerte de mil títulos.

Hay una conciencia creciente entre los laicos católicos, protestantes y ortodoxos de que la enseñanza ortodoxa ecuménica vital necesita urgentemente una base profunda en sus fuentes cristianas clásicas más consensuadas. Estos antiguos textos fueron escritos siglos antes de la plaga de palabras de moda que han invadido las comunidades de culto de nuestro tiempo. Las comunidades actuales de oración, alabanza y servicio son atraídas constantemente hacia estas primeras fuentes ecuménicas cristianas para su formación espiritual.

Esta recopilación en sí misma refleja un vivo acontecimiento ecuménico. Bajo este paraguas de textos clásicos reúne a cristianos que se han distanciado mucho unos de otros debido a memorias históricas rivales. Estos textos acogen la reunión de católicos con evangélicos protestantes y ortodoxos orientales con pentecostales. ¿Cómo puede ser que estas variadas tradiciones cristianas puedan encontrar inspiración común en estas fuentes clásicas? ¿Por qué estos textos y estudios son tan intrínsecamente ecuménicos, tan ampliamente católicos en su ámbito cultural? Porque todas estas comunidades modernas dispares tienen igual derecho a apelar a las primeras tradiciones apostólicas de la enseñanza. Todas estas comuniones pueden, sin sacrificio de intelecto, reunirse humildemente para escuchar los mismos textos comunes a todos: la Escritura y los primeros intérpretes de la Escritura. Estos textos antiguos han dado forma decisiva a cada contorno de la historia posterior de la doctrina en el cristianismo universal.

Por lo tanto, los protestantes reconocerán la integridad bíblica de los padres pre-luteranos, mientras que los carismáticos se despertarán por el mismo Espíritu que movió a los testigos antiguos. Los católicos romanos podrán contemplar y poseer sus fuentes antes del Vaticano II, mientras que los ortodoxos se regocijarán por la gracia de todos estos inesperados reconocimientos. Cirilo no es propiedad de Alejandría ni León de Roma. Todos los creyentes tienen derecho a los más fieles maestros admitidos de la revelación de Dios. Estas mentes privilegiadas son posesión común de toda la iglesia: africana, asiática y europea.

El equipo internacional de redactores, traductores y consultores de esta serie recorre la amplitud de estas tradiciones de enseñanza ecuménica. Han buscado, en la medida de lo posible, aquellos textos que son generalmente recibidos por toda la iglesia de todas las generaciones, tanto de Oriente como de Occidente.

El futuro del diálogo entre protestantes, católicos y ortodoxos sobre temas que los han atormentado durante siglos ha sido recientemente abierto por los Padres en cuestiones peliagudas como la justificación, la autoridad, la cristología, la santidad y el futuro de la historia. Los evangélicos encuentran en los creyentes antes de la Reforma una fe común a la que los cristianos que creen en la Biblia pueden apelar. Católicos y ortodoxos encuentran en los Padres un nuevo nacimiento de la evangelización y de la misión.

Sorprendentemente, la nueva y más extensa audiencia de la exégesis patristica se encuentra entre la amplia audiencia mundial de lectores evangélicos que ahora están saliendo de una historia que a menudo ha carecido de conciencia histórica. Esta es una tradición que a menudo ha sido caricaturizada como literariamente cuestionable y enormemente atrasada. Ahora nos encontramos con laicos baptistas y pentecostales bien educados, que están redescubriendo que el Espíritu Santo tiene una historia. Tanto los evangélicos como los católicos están reconociendo su necesidad de recursos doctrinales que van mucho más allá de los que han sido puestos a su disposición, ya sea en sus tradiciones de piedad o erudición.